

14-II-90

*Educar Bien Sólo a una Elite, el Objetivo*

## Desaliento en Universidades

- ★ Gana más un Chofer de Ruta-100 que un Académico
- ★ Implicita Marginación a las Masas de Estudiantes
- ★ Enseñanza Extranjera a la "Minoría Indispensable"

**LORENZO MEYER**

La política educativa mexicana, como tantas otras, está llena de contradicciones. La que hoy se vive en relación a la educación universitaria es patente, y lo peor es que no se le vislumbra una solución que sea, a la vez, pronta y socialmente aceptable.

El actual Jefe del Poder Ejecutivo en nuestro país es un universitario y en su papel de máximo representante del poder público ha visitado universidades o participado en actos patrocinados por éstas. Fue justamente en la Universidad de Brown, en Estados Unidos, donde el año pasado Carlos Salinas presentó sus tesis sobre la naturaleza del Estado y que poco después ampliaría en su Informe del 10. de noviembre. Luego, en su última gira por Europa, el Presidente hizo una visita a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Finalmente, el sábado pasado, el Jefe del Ejecutivo fue el orador principal en la ceremonia internacional que tuvo lugar en México para celebrar el centenario de la famosa universidad estadounidense de

14-II-90

Stanford, de donde es egresado el poderoso coordinador de gabinetes, el señor Córdoba.

En principio, la asistencia del Presidente a ceremonias o recintos universitarios como los anteriormente señalados no puede menos que ser bien recibida tanto por los académicos como por la opinión pública ilustrada, pues es una muestra de que en México, y por el momento, la relación gobierno-comunidad académica es civilizada, y muy distinta de la que priva en China o El Salvador, por citar ejem-

plos recientes de los extremos a que pueden conducir las malas relaciones entre gobernantes y universitarios. Sin embargo, no se puede evitar cierta extrañeza ante la preferencia presidencial por dar discursos sustantivos y efectuar visitas con gran publicidad a universidades extranjeras o en ceremonias conectadas con ellas justo cuando las nacionales están en extremo urgidas de atención.

Hoy día las universidades públicas mexicanas son sitios donde priva un ambiente de desaliento muy diferente al que debería existir si esas instituciones fueran, como deberían ser, motores de la modernidad. Desde luego, en ninguna de ellas se encontrarían, ya no digamos 13 premios Nobel como es el caso de Stanford, ni siquiera alguien que haya sido candidato a esa distinción. Sin embargo, y como se puede comprobar al examinar las biografías de los miembros jóvenes de la élite del poder mexicana—los jóvenes tecnócratas del Gobierno Federal, los empresarios surgidos al calor del cambio de modelo económico y los formidables equipos de asesores de ambos— la educación universitaria sí es un elemento muy impor-

ante para dirigir y llegar a la cúspide del poder en el México que se moderniza. Esta aparente contradicción entre la decadencia de las universidades y la importancia de su tarea deja de serlo al ver que la educación y los títulos universitarios, que son la llave del éxito, no son mexicanos sino extranjeros.

Una le las claves —hay varias— de la marginalidad de la universidad mexicana de hoy, está en la falta de recursos. En la conferencia sobre Transporte y Vialidad que dio el viernes pasado en la ENEP-Acatlán, Enrique Jackson Ramirez, director de la Ruta-100, dijo que un chofer de esa institución gana 3.5 millones de pesos netos al mes, pero que si quiere y puede trabajar horas extras, entonces su ingreso mensual puede llegar hasta los 8 millones de pesos. Pues bien, si usamos el dato aportado por el señor Jackson como punto de referencia, entonces salta a la vista que la situación de los académicos mexicanos trabajando en México deja mucho qué desear, y explica en gran medida que quienes verdaderamente tienen talento entre nosotros sólo excepcionalmente estén en la universidad como creadores y transmi-

sores del conocimiento científico en su etapa más compleja y acabada.

Para entender esto mejor, es conveniente comparar la situación de un académico concreto —y que tuvo la mejor preparación que el México anterior a la crisis pudo dar a este tipo de persona— con la de los choferes mencionados por el señor Jackson. El académico en cuestión está en su etapa de madurez pues tiene ahora cerca de cuarenta años y trabaja de tiempo completo desde hace diez en una universidad pública.

Obtuvo su licenciatura en la UNAM, su maestría en El Colegio de México y, finalmente, su doctorado en Oxford. Actualmente se encuentra trabajando en su cuarto libro; ha publicado capítulos en libros colectivos y artículos en revistas especializadas de México y Estados Unidos, ha impartido cursos (uno en Estados Unidos) y ha desempeñado en mayor o menor grado todas las otras tareas propias de su profesión.

Pues bien, el sueldo neto que recibió dicho académico en el primer mes de este año fue por un monto de 2,069,340 pesos; bastante menos que el típico chofer de la Ruta-100. Si tenemos en cuenta que afortunadamente el académico en cuestión, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (una especie de Pronasol académico que agrupa a alrededor de cuatro millares de investigadores en todo el país), entonces el gran total mensual con que se le retribuye su trabajo altamente calificado —y supuestamente indispensable e insustituible en cualquier proceso serio de modernización— es de 3,168,540 pesos, lo que significa que de todas maneras el chofer de la Ruta-100 sale mejor librado por 9.5%.

★

El mundo académico, en sus niveles altos, es un mundo transnacional, lo que significa que el profesor e investigador universitario de nuestro ejemplo recibe un sueldo neto mensual de apenas mil cien dólares. De ahí que no sea sorprendente que la mayoría de los jóvenes mexica-

nos con posgrado en el extranjero no vean hoy con entusiasmo la posibilidad de una carrera universitaria; si su inclinación por la vida académica es muy fuerte y no tienen un patrimonio propio que les permita desinteresarse del sueldo, entonces tenderán a seguir su vocación fuera de México, de preferencia en Estados Unidos.

Al norte del río Bravo, y de entrada cualquier college o universidad les puede cuadruplicar el ingreso neto que México ofrece hoy a los recién llegados a la planta docente de las universidades. Además, como profesores en Estados Unidos, les será relativamente fácil obtener ingresos complementarios mediante alguna de las muchas becas de investigación que ofrecen las múltiples fundaciones norteamericanas.

A lo anterior hay que agregar la existencia allá de una infraestructura con la que sólo podemos soñar acá: bibliotecas, laboratorios, posibilidades de viaje, sistemas de comunicación, sitios para publicar, etcétera. La fuga de cerebros que hace diez años no existía en México tiene ahora una poderosa razón para existir... persistir y aumentar.

Se me puede decir que los bajos ingresos de los académicos mexicanos no son más que uno de los tantos productos de la crisis económica, y que mientras ésta no se resuelva, no hay forma de aumentarlos, como es el caso de los salarios de muchos otros mexicanos. Sin embargo, y como se desprende de las cifras dadas por el señor Jackson, dentro de la pobreza general del erario hay prioridades y resulta que la universidad pública hace tiempo que no es una de ellas.

El modelo económico neoliberal requiere disminuir el déficit de las finanzas públicas hasta volverlo a la dimensión relativa que tenía hace un cuarto de siglo, según acaba de decir el Presidente. En estas circunstancias, el pasto en la educación superior resulta ser uno de los renglones donde con mayor facilidad política se pueden hacer los ahorros deseados: simplemente se deja que la infla-

ción se adelante bastante al subsidio, y listo. Pero lo que hace aún más atractivo esta vía de disminución del gasto público, es el hecho de que, pese a la destrucción de la universidad pública mexicana, se puede seguir teniendo una excelente educación de posgrado para algunos, no muchos, mexicanos. ¿Cómo?, pues enviando a un puñado de afortunados a sacar maestrías y doctorados donde están los premios Nobel; es decir, a Stanford u otro sitio similar. Ese era el patrón en el porfiriato (don Francisco I. Madero así se educó) y ese puede volver a ser el caso en el neoliberalismo.

El haber tenido una buena educación de posgrado afuera, es justamente uno de los secretos del éxito político del grupo de jóvenes economistas que hoy nos gobierna. Y suponen que lo que les funcionó bien a ellos no tiene por qué no funcionarle a sus sucesores. Pese a la crisis e independiente de ella cada año unos cuantos cientos de afortunados mexicanos preparados en las buenas universidades públicas, pueden ir fuera y tener éxito en reproducir el patrón de la actual clase política en el poder. En esa dirección apuntó una de las propuestas que Claudio X. González hizo ante el Presidente en la peculiar ceremonia con que un grupo de mexicanos distinguidos festejó el centenario de la Universidad de Stanford y a la que ya se hizo referencia.

Aunque el señor González sugirió, desde luego, que era necesario que México ya no siguiera produciendo profesionistas de segundo nivel —propuesta muy loable, pero inútil en tanto no se diga de dónde vendrán los recursos—, la parte práctica de su proposición fue la de poner un número de becas a disposición de "los —estudiantes— más capaces", para que éstos se fueran a las buenas universidades del extranjero. En realidad, para reproducir a las élites actuales, lo más práctico y funcional para gobierno y empresarios es eso: educar, a los que nos mandarían mañana en Stanford, Harvard, Yale, Chicago, Princeton, Berkeley, Columbia o Wisconsin o en

ciertas universidades europeas (no en cualquiera) y ahorrarse el enorme gasto que significaría intentar poner al día a las universidades públicas mexicanas.

El costo de educar bien a los pocos afuera es relativamente bajo, y se puede dividir entre las familias de los "más capaces", las empresas "más capaces" y las dependencias gubernamentales "más capaces". Además, parte de las becas de esa minoría serían gratuitas, pues las darían las propias instituciones extranjeras dedicadas profesionalmente a la filantropía.

★  
En realidad, lo dicho por Claudio X. González no es un proyecto a futuro sino que ya está ocurriendo y es parte de una política implícita: marginar a la universidad pública mexicana y a sus masas de estudiantes, dejar a las universidades privadas la tarea de preparar bien a un número limitado de licenciados para los que sí habrá buen empleo, y usar a las grandes universidades extranjeras como alternativa para dar la educación de posgrado (¿jalea real académica?) que requiere la minoría "indispensable".

Este proyecto es muy brutal pero congruente con la visión del mundo neoliberal, y que busca disminuir las

responsabilidades del Estado y dar a las fuerzas del mercado (en este caso nacionales e internacionales) la responsabilidad de responder a las demandas de las clases sociales que puedan pagar por ello. En este esquema, los mexicanos que puedan llegar a las grandes universidades extranjeras se salvarán y el resto pasará a ser parte de la gran masa marginada por la modernidad, y que incluye y seguirá incluyendo a muchos de los egresados de las universidades públicas nacionales.

Hagamos a un lado cuestiones que en el ambiente actual parecen ser irrelevantes, tales como la equidad y la justicia, de todas formas queda en el aire la siguiente pregunta: ¿realmente de esa manera se puede aspirar a construir una economía y un país modernos? Sin un sistema educativo público y nacional de calidad, ninguna nación ha llegado a la modernidad. Teniendo a una élite preparada en las grandes universidades de las metrópolis y una población educada en instituciones de tercera, sólo se logrará repetir en México una experiencia de polarización y separación entre gobernantes y gobernados que ya se dio en África... y que no es precisamente un modelo de modernidad.